

Guerra Urbicida

El cronista tiene unas bienaventuranzas para su uso personal. Una de ellas dice:
"Bienaventurado el que residiendo ~~el que residiendo~~ en una ciudad nacional o extranjera la ama en arquitecto."

La característica de las bienaventuranzas evangélicas consiste en que no siempre implican consejo ni precepto, se limitan a constatar un estado de hecho y constituyen una bendición. Lo indiscutible es que una "bienaventuranza" es un elogio y una bendición y que no caben elogio ni bendición

para los que viven en una ciudad odiándola, 2
le permite opinar el cronista que la
bondad de su bienaventuranza es obvia. No
se inspira en esa mentirosa "religión de la
humanidad" que, fatigada de amar a todo el
mundo, es incapaz de descender hasta el
individuo. Aferrada a lo particular, ésta
bienaventuranza tiene alas para elevarse hasta
lo universal. Como garantía de que pueden
ser amadas muchas ciudades, especifica el amor
a una ciudad, ~~por~~ el amor entrañable con que
se ama a una mujer.

13
Bienaventurados los que residiendo en
cualquier ciudad nacional o extranjera la
aman con alma de arquitecto. Por fortuna el
número de esos bienaventurados constituye
lección. Son ellos los pacíficos, los mansos
los misericordiosos, que al leer la noticia del
bombardeo de una ciudad sudan de angustia por
Todos sus poros. No conocen la ciudad mar-
tirizada, pero sienten en esos momentos de dolor
unirse a los sufrimientos de su alma y de
su cuerpo. Y como la aman en arquitecto
y se han comprometido imaginando mejoras y
reformas sienten que el elemento creador de

una ciudad con sus habitantes. El cuerpo son
las piedras al cual y a las cuales se le da
también veneración.

Los que tienen ideas erróneas sobre la ar-
quitectura ~~que~~ creen que el alma de la ciudad
son las piedras. Los aman a la ciudad, a las
ciudades, no en arquitectos, menos que en
arqueólogos: los aman con mentalidad de
autómatas. El amor ese es respetuoso. Un
amor de esa índole a lo sumo aprovecharía
por tablas al secundario de un monumento
histórico. El alma de una catedral no son

mis piedras: es la majestad de Dios que no
cabe en ella, es la plenitud de los bienes. En
lenguaje teológico trinitario diríamos que el
alma de una catedral, como la de la más
modesta ermita, es la corriente que se establece
entre el altar y los bienes y viceversa, mis-
terio de amor que constituye el espíritu del
templo. Ni el martillo, ni el pico, pueden
crear ni encontrar el alma de una catedral,
como el bisturí del cirujano no tropezará
jamás con nuestra alma. Pecarían por
exceso los arquitectos que creyeran que el
alma de una catedral o de una ciudad es

obra mya, como pecaba por defecto el Doctor / 6
Le tamendi - médico eminente, pero con
mentalidad de veterinario - que aseguraba con
~~exprese~~ énfasis que en bisturí no habia
nunca dado con el alma del hombre.

De esa falsa tesis según la cual el alma
de una ciudad con las piedras derivan
graves inconvenientes. No parece, en efecto,
ni muy decente, ni muy caritativo que se
tenga noticia del martirio de una ciudad
sometida a un bombardeo nocturno sólo
el bramido de las piedras al descoyuntarse
y derribarse entre nubarrones de polvo

logre atraer nuestra misericordia. Los huesos y la carne de una ciudad pueden también sufrir martirio, pero el de su alma es mucho más tremendo. El alma de la ciudad es la resultante del amor de sus constructores y de los hijos de los constructores hacia su obra. La convivencia del vecindario con una arquitectura engendra el alma de la ciudad. Y si la piedra es susceptible de sentir en su carne los efectos de la simple metralla, el martirio de los ~~vecinos~~ ciudadanos, la parte más sensible de la ciudad, el elemento vivificante, es doblemente doloroso. 7

Quieren no hayan vivido en varias ciudades, /
ignoran si son o no capaces de amar a ciudades
diversas. Hay el hombre de una sola ciudad,
como hay el hombre de un solo libro o de
una sola mujer, entrevistista en la imaginación
del adolescente como la única perfecta. Bendito
sea también el hombre de una sola ciudad,
el monourbe. Porque ama mucho es capaz
de amar mucho más. Es capaz de comprender
el que, debido a las vicisitudes de la vida, ha
residido en varias ciudades y las ha amado
como propias. Tanto el ciudadano monourbe

como el poliarbe son capaces de sentir vivísimos / 9
el horror de esas ciudades martirizadas por
los bombardeos. Pero solo el ciudadano
poliarbe puede apreciar ~~con exactitud~~ exactamente
la magnitud de la tragedia.

El ciudadano que reside en una ciudad nacional
o extranjera que no es suya tiene acaso más viva
la sensibilidad para apreciar el carácter de sus
habitantes y la poesía de las calles y monu-
mentos. Para el hombre que vive en una ciudad de
extranjeros las características de la urbe constituyen
un idrama viviente, el marco de la vida, ha
profusión de sus monumentos en ciudades tan

ricas en obras de arte como Roma, Florencia / 10
o París le acompañan hora por hora al
lanzarse a la calle. En ciudades más pequeñas
el monumento único es todavía más absorbente. ¿Qué
serían Ginebra y Hamsana sin sus catedrales un día
católicas y hoy desmontadas y frías en su interior? En
Hamsana, la catedral es el principal elemento de la
silueta de la ciudad. Para el hombre que haya
vivido en Hamsana ha de ser horrible leer que en
una noche de furor ha sido destruida su cate-
dral. ¿Qué sería Venecia sin la basílica de
San Marcos y las tres plazas que la encierran?
Venecia es suficientemente popular para suponer

11

con que horror recibieran la noticia de la
destrucción de ese conjunto monumental el hombre
que tiene la suerte de haber dejado trascurrido allí
una parte de su vida y el que no renunciaba a la
esperanza de visitarla un día.

En mayor proporción que el hombre de una sola
ciudad, el ciudadano polinche un poco sensible
siente la tragedia de las ciudades muertas, incluso
de las que nunca ha visitado. Parece como si al
destruirlas más o menos parcialmente le robaran
una posibilidad de poesía, un tesoro que podía ser
suyo. El ciudadano polinche ama las ciudades
tal como son: ama el carácter, la lengua y las
costumbres de sus habitantes, se goza en su

prosperidad y sabe el valor que tienen un
campanario, una cúpula, unas plazas y unas
calles, viñetas que ilustran la vida de tantos y
tantos hombres que en el pasado y en el presente
forman parte del alma de la ciudad. Los
hombres aman verdaderamente ~~o~~ las ciudades,
los aman con alma de arquitecto. Adoran a
todas las ciudades de todos los países porque
han sido capaces de adorar a una o a
muchas, amor exento de infidelidad. Aplicado
a una ~~ciudad~~ ciudad determinada, ese amor
~~es~~ era un elemento ~~de~~ vital de la
urbe.

13

Muchas ciudades importantes, más o menos importantes y más o menos famosas tienen, como las mujeres célebres por su belleza, admiradores en todas partes. Los admiradores constituyen el imperio espiritual de la ciudad, la corona de su gloria. Una bomba en el corazón de una ciudad resuena en el mundo entero no sólo como una gran hecatombe material, sino como una catástrofe espiritual. A distancias inmensas, en los antipodas, esas bombas hacen y desgarran los más nobles sentimientos de la selección humana. Bienaventurados los que gimen por el bombardeo de una ciudad cuyo nombre les es por primera vez ~~sea~~ revelado

quinto con la noticia de su destrucción. Y mal- / 14
ditos los que con su odio han cargado la
bomba que estalla contra la ciudad conocida o
desconocida.

Placer vilísimo ese de disputar ante el
bombardeo de una ciudad, el derramamiento de
sangre y el estorpedo de la dinamita. A los ojos
de Dios ese odio gratuito debe ser el más
abominable de los odios. Nos que con su odio
cargan la bomba arrojada con el nervio y
el ambiente de la guerra. Sin ellos, la guerra
acabaría por falta de metralla o de combustible.
Cuando esos nombres se meten en cama acarician

como un mal pensamiento la idea del bom- 15
bardeo de una ciudad. Lo terrible es que el
bombardeo es real cada noche. La actividad de
su inteligencia no se parece a la del sismógrafo que
se limita a registrar los movimientos de la
corteza terrestre. Es una actividad que actúa a
distancia, simultáneamente con la bomba, como
persona agente, es responsabilidad no con el
aviador que la pone en movimiento, sino con
la misma dinamita. La diferencia entre el
aviador beloperante, entre los soldados y los
chacales, es enorme.

Maurice Brunet